

Mensaje seis

La revelación, el aprecio y la aplicación de Cristo como nuestra ofrenda por el pecado

Lectura bíblica: Lv. 4:1-35; 6:25-27;
Jn. 1:29; 3:14; Ro. 8:3; 2 Co. 5:21; 1 Jn. 1:5-9

I. *Pecado se refiere al pecado que mora en nuestra naturaleza (Ro. 8:3; 2 Co. 5:21; He. 9:26); pecados se refiere a los hechos pecaminosos, el fruto del pecado que mora en nosotros (Is. 53:5a; 1 Co. 15:3; 1 P. 2:24; He. 9:28):*

- A. Satanás, el diablo, es la fuente del pecado—Ez. 28:16-17; Jn. 8:44; cfr. 2 Co. 12:7; 1 P. 5:8, 5; Fil. 2:8; Jn. 14:30:
 - 1. Por medio de la caída del hombre, la personalidad de Satanás vino a ser uno con el alma del hombre, y Satanás fue introducido en el cuerpo del hombre para ser el pecado que opera como el mal en los miembros carnales del hombre—Gn. 3:1, 4-5; Ro. 5:12, 19a; 7:18a, 14b, 17, 20-21.
 - 2. Puesto que el diablo es el padre de los pecadores, el padre de los mentirosos, los pecadores son hijos del diablo—Jn. 8:44; 1 Jn. 3:10.
 - 3. Nosotros nacimos en iniquidad, fuimos concebidos en pecado en Adán, y nacimos con el veneno de la serpiente, lo que hizo de nosotros serpientes, la cría de víboras—Sal. 51:5; Jn. 9:34; Mt. 23:33; 3:7.
- B. El pecado es la naturaleza maligna de Satanás, el maligno, quien, habiéndose inyectado en el hombre por medio de la caída de Adán, ahora ha venido a ser la naturaleza misma del pecado, la cual mora, actúa y opera como una ley en el hombre caído—Ro. 5:12, 21; 6:14; 7:11, 17, 20.
- C. El pecado es una infracción de la ley—1 Jn. 3:4; 2 Ts. 2:3, 7-8.

II. *Pecar involuntariamente (Lv. 4:2) representa el pecado en nuestra naturaleza caída, el pecado que mora en nosotros y vino mediante Adán procedente de Satanás (Ro. 5:12), el cual hace que pequemos sin proponérselo (7:19-20):*

- A. Este pecado, personificado en Romanos 7 (véase la nota 1 del versículo 8), es la naturaleza maligna de Satanás, incluso Satanás mismo, quien mora en nuestra carne caída (vs. 17-18a, 20, 23); puesto que nuestra carne es uno con el pecado (8:3), todo lo que hacemos impulsado por la carne, sea bueno o malo, es pecado.
- B. Más aún, puesto que la carne denota a una persona caída (Gn. 6:3; Ro. 3:20), toda persona caída es pecado (2 Co. 5:21 y la nota 2).

III. *La ofrenda por el pecado (Lv. 4:1-35) significa que Cristo fue hecho pecado por nosotros a fin de que mediante Su muerte en la cruz el pecado sea condenado (vs. 1-3, 13-14, 22-23, 27-28; Ro. 8:3):*

- A. Mediante la encarnación la Palabra, quien es Dios, se hizo carne, en la semejanza de carne de pecado, esto es, la semejanza del hombre caído—Jn. 1:1, 14; Ro. 8:3:
 - 1. Aunque Cristo era un hombre caído únicamente en semejanza, cuando Él estuvo en la cruz, Dios consideró tal semejanza como real—2 Co. 5:21.
 - 2. Puesto que el pecado, el viejo hombre, Satanás, el mundo y el príncipe de este mundo son todos uno con la carne, cuando Cristo murió en la carne, el pecado fue condenado (Ro. 8:3), el viejo hombre fue crucificado (6:6), Satanás fue destruido (He. 2:14), el mundo fue juzgado y el príncipe de este mundo fue echado fuera (Jn. 12:31).

3. Por tanto, mediante la muerte de Cristo en la carne todo lo negativo fue eliminado; en esto radica la eficacia de la ofrenda por el pecado—1:29.
- B. La naturaleza maligna de Satanás en la carne del hombre fue juzgada en la cruz mediante la muerte de Cristo en forma de serpiente a fin de que los creyentes tengan vida eterna—3:14-16; 1:14; Ro. 8:3.
- C. Como Aquel que no conoció pecado, Cristo fue hecho pecado por nosotros para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él—2 Co. 5:21.

IV. Después de ser regenerados, todavía necesitamos tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado (1 Jn. 1:8; Éx. 29:35-36) y como nuestra ofrenda por las transgresiones (1 Jn. 1:9) cada día:

- A. La imposición de manos sobre la cabeza de la ofrenda representa la unión del oferente con la ofrenda—Lv. 4:4, 15, 24, 29, 33.
- B. Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado significa que el pecado en la naturaleza del hombre caído ha sido condenado (Ro. 8:3), que nuestro viejo hombre ha llegado a su fin (6:6), que Satanás como pecado mismo ha sido destruido (He. 2:14), que el mundo ha sido juzgado y que el príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Jn. 12:31):
 1. La palabra *príncipe* en *el príncipe de este mundo* implica autoridad o poder, y la lucha por alcanzar el poder—Lc. 4:5-8; cfr. Mt. 20:20-21, 24; 3 Jn. 9.
 2. La lucha por el poder es el resultado, el fruto, de la carne, el pecado, el viejo hombre, Satanás, el mundo y el príncipe del mundo—Gá. 5:16-17, 24-26.
 3. El pecado implica la lucha por el poder y la ley del pecado es el poder, la fuerza y la energía que operan espontáneamente en nosotros para que luchemos contra Dios—Ro. 7:23; 8:2.
- C. Por medio de la comunión genuina, íntima, viviente y amorosa que tenemos con Dios, quien es luz (1 Jn. 1:5; Col. 1:12), nos daremos cuenta de que somos pecaminosos y tomaremos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado (1 Jn. 1:5-9):
 1. Cuanto más amemos al Señor y lo disfrutemos, más descubriremos cuán malignos somos—Is. 6:5; Lc. 5:8; Ro. 7:18.
 2. Comprender que tenemos una naturaleza pecaminosa y tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado causa que seamos juzgados y subyugados, y también nos resguarda, pues hace que no confiemos en nosotros mismos—Fil. 3:3; cfr. Éx. 4:6.
 3. Debemos aprender, con base en la experiencia que tuvo David, a no tener ni la más mínima confianza en nosotros mismos—Sal. 51.
 4. Dios utiliza el método doloroso de permitirnos fracasar para que veamos cuán horribles, aborrecibles y abominables somos, y para que abandonemos todo lo que procede del yo y dependamos completamente de Dios—cfr. Lv. 6:28; Dt. 8:2; Lc. 22:31-32; Ro. 8:28.
- D. Cuando disfrutamos a Cristo como nuestro holocausto, Aquel cuya entrega a Dios es absoluta, nos damos cuenta de cuán pecaminosos somos y podemos disfrutar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado—Lv. 6:25-27:
 1. El hombre, que fue creado por Dios con el propósito de que exprese y represente a Dios, no debería estar dedicado a ninguna otra cosa excepto a Dios mismo y debería estar entregado absolutamente a Dios—Gn. 1:26; Is. 43:7.
 2. Todo cuanto hagamos por nosotros mismos, sea bueno o malo, lo hacemos a favor de nosotros mismos y, ya que lo hacemos a favor nuestro y no de Dios, es pecaminoso a los ojos de Dios:

- a. Si servimos al Señor a favor de nosotros mismos, esto es pecado—Nm. 18:1; 2 R. 5:20-27; Mt. 7:22-23.
- b. Si nos predicamos a nosotros mismos, esto es pecado—2 Co. 4:5.
- c. Si hacemos nuestras obras justas, tales como dar limosna, orar y ayunar para el beneficio de nosotros mismos a fin de expresarnos y exhibirnos a nosotros mismos, esto es pecado—Mt. 6:1-6.
- d. Si amamos a otros, pero lo hacemos a favor de nosotros mismos —por causa de nuestro nombre, posición, beneficio y orgullo—, esto es pecado—Lc. 14:12-14.
- e. Si criamos a nuestros hijos para el beneficio de nosotros mismos y de nuestro futuro, esto es pecado—cfr. 1 Co. 7:14.

V. La sangre de la ofrenda por el pecado tuvo cuatro clases de efectos:

- A. Parte de la sangre era traída a la Tienda de Reunión y rociada siete veces delante de Jehová frente al velo del Lugar Santísimo (Lv. 4:5-6, 16-17), lo cual significa que la sangre de Cristo fue traída al Lugar Santísimo en los cielos para nuestra redención (He. 9:12).
- B. Parte de la sangre era puesta sobre los cuernos del altar del incienso (Lv. 4:7a, 18a), lo cual significa que la redención efectuada por la sangre de Cristo es eficaz para introducirnos en la presencia de Dios al contactar a Dios en oración (He. 10:19).
- C. Parte de la sangre era puesta sobre los cuernos del altar del holocausto (Lv. 4:25a, 30a, 34a), lo cual representa la eficacia de la sangre de Cristo para efectuar nuestra redención (Ef. 1:7; 1 P. 1:18-19).
- D. El resto de la sangre se derramaba al pie del altar del holocausto (Lv. 4:7b, 18b, 25b, 30b, 34b), lo cual significa que la sangre de Cristo fue derramada en la cruz para que tengamos paz en nuestra conciencia, dándonos la certeza de haber sido redimidos y aceptados por Dios (He. 9:14).

VI. Como resultado de que Cristo sea nuestra ofrenda por el pecado y que haya condenado el pecado en la carne, es posible que no andemos conforme a la carne, sino conforme al espíritu—Ro. 8:3-4.